

Vuelta

Me creía sabio aunque no había cumplido treinta años. Bajo el sopor de julio los brazos en alto recordaban a gimnastas. Pero nadie sonreía: las consignas desafiaban el inminente repique de campanas.

La plaza volvía a ser nuestra: no íbamos a tolerar otro saqueo. Demasiadas décadas de agravios —zumbidos del sesenta y ocho— agitaban la memoria. Un fraude sarnoso, descastado. La tarde previa el mastín del gobierno había anunciado la “caída del sistema” y el triunfo irreversible de sus cómplices.

Como cada seis años.

Se sucedieron protestas y denuncias. Nos dejaron vociferar sin encararnos: la represión, habían aprendido, los hubiese sepultado. Optaron por el soborno, sobrias amenazas y fuegos de artificio. La televisión

impuso su silencio y nuestro candidato al fin llamó a la calma (y aun así habrían de morir más de cuatrocientos militantes).

A principios del ochenta y ocho decidí irme, ahogado por el asco.

Pasé quince años recluso en la docta indiferencia del experto. Emory, Cornell, Harvard: allí escapé del tiempo, acumulé mujeres y abandonos, rumié mi asco en artículos, *papers* y siete libros de análisis político.

El asco hacia mi patria, sus hienas y fantasmas.

Años después cayeron las torres y el limbo se transformó en cuartel. Brotó el miedo, la delación, la paranoia: todos culpables salvo prueba en contrario.

A continuación, la venganza.

La invasión de Oriente.

Por eso he vuelto. Con mi despecho a cuestas. Con mi asco.

Volver. Otra mentira.



Laila

Cuentan —aunque sólo Dios conoce la verdad de lo ocurrido— que en Mosul vivía un médico llamado Karim, a quien el Retribuidor había dotado de tanta riqueza como astucia.

El doctor Karim había sido bendecido con tres hijos de singular apostura e inteligencia: Walid y Bashir, dos varones obedientes y piadosos, y una muchacha, Laila, la más pequeña, la más hermosa.

Y era Laila una sonrisa del cielo. Sus cabellos eran de oro y plata. Sus lágrimas, cuando lloraba, un gotear de perlas. Su voz, el canto de un ave. Y cuando sonreía un capullo de rosa se dibujaba en sus labios.

A los diecinueve años Laila era madre de una radiante hija de dos meses, Fariza, concebida en el más puro amor de su marido, un ingeniero de Kirkuk llamado

Salih, que trabajaba en los campos de petróleo.

Se dice —aunque sólo Dios es testigo— que el doctor Karim se desvivía por sanar y consolar a sus pacientes sin reparar en su raza, credo o costumbres.

Otros afirman que el doctor Karim gozaba de la confianza de Uday, el hijo mayor del Abominable —su nombre sea maldito—, el cual solía convocarlo en sus aposentos cuando se aparecía por Mosul con su séquito de esbirros. Al parecer era responsable de borrar las llagas que el mal humor de Uday imprimía en la piel de sus mujeres.

El doctor Karim jamás hablaba de sus visitas nocturnas a palacio y, cuando Laila le reprochaba su desvelo —una estrella en lejanía—, él rechinaba los dientes o mugía.

Cuando dio inicio la guerra y los combatientes del norte irrumpieron en Mosul, Laila vio cómo su padre, su esposo el ingeniero de Kirkuk y Fariza, su radiante hija de dos meses, caían abatidos por las balas de un peshmerga a las puertas de su casa (sus hermanos habían partido hacia la capital).

Laila perdió el habla y acaso la razón.

Una semana después ella también abandonó Mosul y, escoltada por un

djinn que encontró en el camino —y su silencio—, partió rumbo a Bagdad, a pie, decidida a encontrar a sus hermanos.

La alabanza al Clemente, al
Misericordioso, que creó la guerra, la
desolación y la locura.

